

Este capítulo forma parte del libro:



***Hacia una historia transnacional
del patrimonio escrito de México
Reflexiones sobre bibliografía y
coleccionismo***

*Marina Garone Gravier
(Coordinadora)*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Universidad Nacional Autónoma de México (IIB)

País: México

Año: 2025

Páginas: 282 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-45-7 (UAA)
978-607-587-891-1 (UNAM)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-45-7>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/357>

Primera parte


PERFILES BIBLIOGRÁFICOS EN LA HISTORIA
DEL PATRIMONIO DOCUMENTAL MEXICANO

La bibliografía y el quehacer bibliográfico mexicano. Siglos XVIII – XIX

Emma Rivas Mata

Dirección de Estudios Históricos
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Introducción



Las bibliografías, también llamadas anteriormente bibliotecas –en su acepción de repertorio–, desde sus inicios se les consideró herramientas de suma utilidad para el ordenamiento y conocimiento de la producción intelectual de un autor, de un país, en un periodo o sobre un tema determinado, a partir de la descripción y transcripción de impresos siguiendo el método de análisis y clasificación de las obras adoptado por cada uno de sus autores.¹

Por otra parte, a la bibliografía –disciplina que estudia esos repertorios– desde fines del siglo XVIII se le definió como la “ciencia del libro”;² aunque a partir del siglo XIX

1 Este texto ha sido corregido y aumentado a partir de algunas ideas vertidas en el artículo titulado: “La comunicación epistolar en el quehacer bibliográfico mexicano del siglo XIX”, Rivas Mata, Gutiérrez López y Martínez Baracs, 2023, pp. 163-195.

2 En 1782, por primera vez, el librero francés François Née de La Rochelle, sostiene que existe una ciencia del libro llamada Bibliografía, en su *Discours sur la science bibliographique et sur les devoirs*

se precisó que la ciencia del libro era la Bibliología, dedicada al estudio de los elementos esenciales y característicos que distinguen exteriormente a los libros.³ En tanto que a la bibliografía se le consideró como parte de ella con la atribución de “buscar, identificar, describir y clasificar los documentos impresos con el fin de construir repertorios”. Además se le empezó a definir como ciencia auxiliar de la Historia, cuyos aportes constituían un valioso soporte para el trabajo intelectual. Todo lo anterior, aunado a los constantes y trascendentales cambios culturales en materia de fondos documentales y bibliográficos de finales del siglo XVIII y en el transcurso del XIX, confluyó para que en la práctica la bibliografía recobrara su carácter de ciencia del libro, que ha conservado hasta la actualidad.

Sería a mediados del siglo XX, que el estudio de la bibliografía, su definición y su evolución llamó de nueva cuenta la atención de varios especialistas principalmente europeos. En particular, de la bibliógrafa y bibliotecaria francesa Louise Nöelle Malclès, quien en su trabajo pionero sobre la bibliografía⁴ concluyó: que si bien ésta a lo largo de la historia ha estado ligada a distintas ciencias, finalmente se le puede definir como una “disciplina autónoma cuyo objeto propio es el inventario de los textos impresos. Por lo tanto no dispensa de leer sino que ahorra lecturas o

du bibliographe. Si bien posteriormente otros estudiosos modificarían esa concepción, otorgándole la prioridad a la Bibliología como la ciencia del libro.

- 3 La bibliología se ha definido como el estudio de los elementos esenciales y característicos que distinguen exteriormente los libros en las diversas épocas históricas. Balsamo, 1998, p. 169.
- 4 Diversos autores han abordado el tema de la bibliografía como ciencia. Este estudio sigue principalmente el trabajo pionero de Louise Nöelle Malclès, 1960. También están los trabajos de Besterman, 1950, p. 95. Por su parte, Agustín Millares Carlo, se refirió a la bibliografía como ciencia y a la palabra bibliografía como repertorio de libros, en su artículo “La bibliografía y las bibliografías”, 1955, pp. 176-194. Díaz, 1971, pp.13-30. Chartier, 1994, pp. 69-91. Balsamo, 1998.

señala las necesarias". De ahí la importancia del trabajo de los bibliógrafos que "aun sin haber leído todos los libros, sigue el proceso de creación, el contenido y la difusión de los mismos", para ponerlo al alcance de más estudiosos.

Asimismo, Malclès en su investigación, identificó varias etapas del desarrollo de la bibliografía, lo que nos sirve de referencia para abordar el tema que nos ocupa en esta ocasión relativo al quehacer bibliográfico mexicano y a la importancia que ha tenido la realización de repertorios de impresos como una forma de conocer la producción intelectual y así conservar el registro del patrimonio bibliográfico.⁵

De acuerdo con Malclès, la primera etapa sería la "erudita e histórica", realizada en los siglos XVI y XVII, por un reducido grupo de humanistas, primeros investigadores del libro, que pertenecían al mismo medio científico que los autores y lectores de los libros, esos humanistas que sin saberlo impulsaron la ciencia bibliográfica y se convirtieron en los primeros bibliógrafos, quienes orientaron sus estudios bibliográficos hacia la historia y la erudición.

La segunda etapa, identificada como "histórica y científica", realizada durante el siglo XVIII. En este periodo la bibliografía continúa en el camino de la erudición y la historia, pero se hace necesario cada vez más encontrar la relación entre los "hechos descubiertos y las ideas generales y comprender el desarrollo de la civilización y sus leyes", en donde juegan un papel muy importante los Diccionarios como un medio de conocer las novedades y descubrimientos científicos, en un todo: desde el *Dictionnaire historique y crítico* de Pierre Bayle, la *Encyclopedie ou dictionnaire raisonné* de Dennis Diderot, la *Encyclopédie méthodique* de Charles-Joseph Panckucke o el *Dictionnaire philosophique* de Voltaire. Es entonces que se manifiesta una avidez de conocimientos y esfuerzos de los individuos por contar con bibliotecas propias que abarquen libros de to-

5 Malclès, 1960, p. 12.

das las disciplinas. Entre estos coleccionistas, el libro se empieza a ver como un objeto precioso y los bibliógrafos dan a la descripción del libro el mismo valor que a los datos del autor.⁶ Es en esta etapa de la llamada Ilustración cuando se realizan muchos de los repertorios bibliográficos más importantes en todo el mundo, incluido México con la *Bibliotheca Mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren.

La tercera etapa, de principios del siglo XIX, la bibliografía y bibliotecaria francesa la identificó como “literaria y bibliofílica”, ya que durante este periodo “la bibliofilia está en plena expansión”. Esto especialmente debido a los grandes acontecimientos y cambios que trajo consigo la Revolución Francesa de 1789, con la nacionalización de los bienes eclesiásticos y de corporaciones universitarias, de esta forma el Estado pasó a ser poseedor de una enorme masa de impresos y manuscritos, lo que originó una “gran revolución bibliográfica” y surgió la necesidad de integrar dependencias y preparar personal para poner en orden, clasificar y catalogar todo ese caudal libresco, un ejemplo es la creación de la École de Chartes, en 1821. Es entonces que la bibliografía toma de nueva cuenta el carácter de “ciencia del libro” y se reconoce el trabajo especializado de los bibliógrafos.⁷

Por otra parte, el hecho de encontrarse a la deriva el destino de muchos de esos fondos, fortaleció la compra-venta de libros por parte de diversos estudiosos y hombres de letras interesados en recuperar esos fondos bibliográficos fundamentales para la historiografía. En esta etapa aumentan significativamente las subastas de libros que aprovecharon muchos adinerados bibliófilos, coleccionistas y ávidos libreros, precursores del reconocido bibliógrafo y librero Jacques-Charles Brunet, elaborando catálogos muy completos de numerosos impresos. En tanto que para el caso de México, algunos años más tarde, se llevó a cabo la des-

6 *Ibidem*, pp. 33-35.

7 *Ibidem*, p. 43.

amortización de los bienes eclesiásticos, propiamente en la segunda mitad del siglo XIX. Siendo un factor decisivo para la formación de bibliotecas públicas y privadas. Es así que cobra relevancia la labor de recuperación de manuscritos e impresos antiguos emprendida por un reducido grupo de historiadores y bibliógrafos continuadores del quehacer bibliográfico iniciado formalmente por Juan José de Eguiara y Eguren, en 1755, con su *Bibliotheca Mexicana*.

Para cerrar el siglo XIX, siguiendo a Malclès, la bibliografía pasa a una etapa artesanal muy fecunda y hasta cierto punto más “profesional”, con la aplicación de métodos más a propósito para la realización de repertorios bibliográficos acordes a los avances de la ciencia. Es en este periodo que se observa un gran movimiento científico, el cual “transforma totalmente las condiciones de trabajo intelectual”; a ello contribuyen los progresos en cuanto a instrucción pública, el fortalecimiento de las universidades así como de sociedades científicas y eruditas, la multiplicación de librerías y el considerable aumento de la producción tipográfica en todas las ramas del saber, entonces las bibliografías adquieren una mayor relevancia y un papel protagónico en la difusión del conocimiento. En esta etapa, del final de la centuria decimonónica, se aprecia que “el impulso bibliográfico es tan fuerte y tan denso que se busca emplear nuevos métodos para realizar bibliografías a partir del trabajo en equipo y no como antaño sucedía con la ‘bibliografía de gabinete’ que era un trabajo solitario y con recursos propios”.⁸

Una valiosa característica de los repertorios bibliográficos en esta etapa es que técnicamente están mejor concebidos y redactados. También es la época de una mayor proliferación de grandes bibliografías especializadas a nivel mundial y en ellas ocupa un lugar especial la *bibliografía mexicana del siglo XVI* de Joaquín García Icazbalceta, obra realizada con todo el rigor bibliográfico empleado

8 Malclès, 1960, pp. 48-49.

por otros reconocidos bibliógrafos, entre ellos Henry Harrisse, que logró trascender las fronteras de nuestro país.

Finalmente, nos dice Malclès, que a partir del siglo xx comienza la época técnica de las bibliografías, se observa un cierto declive del trabajo fecundo del artesanado bibliográfico, las condiciones económicas derivadas del nuevo orden mundial entre guerras y diversos conflictos impiden la realización de repertorios bibliográficos a título personal y con recursos propios, entonces predomina el método cooperativo e industrializado, fenómeno que se observa en varios países. Esto mismo sucede en el caso de las bibliografías mexicanas realizadas por Vicente de Paul Andrade y de Nicolás León, cuya publicación requirió de diversos apoyos, incluido el del gobierno federal en turno, como se verá más adelante.

La bibliografía en México

En cuanto al devenir de la bibliografía en México, desde sus inicios en el siglo xvi, también siguió un camino fecundo, siendo diversos elementos los que concurrieron a su desarrollo ante la necesidad de difundir conocimientos en la sociedad. Acontecimientos de suma trascendencia como la llegada de los primeros misioneros, a partir del año de 1523 y 1524, y su labor evangelizadora, en la cual el libro jugó un papel preponderante; el temprano establecimiento de la imprenta en la Nueva España, cuyos frutos se han caracterizado por el buen trabajo tipográfico que realizaron los primeros impresores llegados a estas tierras;⁹ la constante circulación y comercio de los impresos entre el viejo y el nuevo mundo a pesar de las medidas restrictivas y de censura a que eran sometidos los impresos. Como determinante fue el establecimiento de la primera

9 García Icazbalceta, 1886a. Millares Carlo, 1981, pp. 23-42. Fernández de Zamora, 2009, pp. 38-39.

universidad, de las primeras bibliotecas y la formación de colecciones de libros por los mismos misioneros, los colegios, los funcionarios y los eruditos de la época.¹⁰

Elementos que se conjuntaron e incentivaron a algunos sabios a emprender la realización de los primeros repertorios bibliográficos, catálogos de impresos y bibliotecas, así como inventarios de librerías y otro tipo de registros. Si bien este quehacer bibliográfico acumuló grandes logros en los siglos XVII y XVIII, sería en particular en el transcurso del siglo XIX cuando los estudios y repertorios bibliográficos alcanzarían una madurez acorde con los avances y metodologías en boga entre los bibliógrafos europeos y estadounidenses. Sin dejar de lado que también incidieron en el quehacer bibliográfico y en la consolidación de la bibliografía mexicana la formación de bibliotecas particulares y la comunicación epistolar entre destacados hombres de letras de distintos países, a partir de la cual fue posible llevar a cabo un fructífero intercambio bibliográfico.

De tal manera que los repertorios bibliográficos que nos legaron los primeros bibliógrafos novohispanos y, posteriormente, los eruditos del siglo diecinueve, constituyen la memoria de una parte considerable de nuestro patrimonio bibliográfico y son, además, punto de partida imprescindible para la historia intelectual y cultural de nuestro país. Su importancia es todavía mayor si se toma en cuenta que las descripciones bibliográficas que incluyen esos repertorios son, en ocasiones, el único registro que se tiene de los primeros impresos mexicanos. Por otra parte, en ellos no sólo se da cuenta de los aspectos materiales de los libros sino también de cuestiones históricas, preferencias de lectura, estilos literarios de la época, precios, noticias de bibliotecas e información muy diversa de la vida intelectual de entonces.

10 Osorio Romero, 1986, p. 9.

Esto nos remite a los inicios de las bibliografías mexicanas, a la fecunda labor que realizaron nuestros primeros bibliógrafos, a mencionar seis de los principales repertorios de impresos novohispanos que han marcado un hito en este tema, a sus autores y alcances: la *Bibliotheca Mexicana* de Juan José Eguiara y Eguren; la *Bibliotheca Hispano-americana Septentrional* de José Mariano Beristáin y Souza; la *bibliografía mexicana del siglo XVI* de Joaquín García Icazbalceta; el *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII* de Vicente de Paul Andrade; la *bibliografía mexicana del siglo XVIII* de Nicolás León y *La Imprenta en México (1539-1821)* de José Toribio Medina. Para finalmente detenernos en la consolidación del quehacer de los bibliógrafos mexicanos a partir de la aplicación de nuevos métodos de trabajo y del establecimiento de vínculos epistolares con sus pares nacionales y extranjeros, lo que posibilitó un intercambio del conocimiento bibliográfico muy provechoso entre los especialistas y hombres de letras.

Antecedentes de las primeras bibliografías mexicanas

Entre los antecedentes más cercanos de las primeras bibliografías sobre impresos novohispanos, se encuentran las crónicas y menologios de las distintas órdenes religiosas que se establecieron en Nueva España;¹¹ algunas de estas incipientes bibliografías realizadas a partir del siglo XVI, registraron autores y miembros de órdenes religiosas, sus obras y sus escritos. Autores como el oidor Alonso de Zurita, con su *Catálogo de autores que han escripto historias de Yndias o tratado algo de ellas* (1585) daba testimonio del aporte intelectual novohispano.

11 Millares Carlo, 1986; González y González, 1960, pp. 16-53; Rivas Mata, 2000.

Avanzado el siglo xvii, se daría a conocer el *Theatro Mexicano* (1698) del fraile criollo Agustín de Vetancourt, incluido el *Menologio franciscano de los varones más señalados que con sus vidas exemplares ilustraron la Provincia del Santo Evangelio de México* (1697); y para la primera mitad del siglo xviii se publicarían las noticias de autores indios y españoles que dio el viajero e historiador italiano Lorenzo Boturini en su *Catálogo del Museo Histórico Indiano* (1746), siendo una contribución más al conocimiento bibliográfico. Esto, sin olvidar que en la realización de esos repertorios está presente la influencia de los modelos europeos, desde las muy tempranas bibliografías realizadas en el llamado “Viejo Mundo”, como la del médico griego Claudio Galeno en el siglo ii a. C., la de San Jerónimo y la de Genadio de Marsella en los siglos iv y v, acerca de autores cristianos. Posteriormente, en 1494 la del alemán Johann Trithem, considerado padre de la bibliografía y, en 1545, la del suizo Conrad Gesner iniciador de la bibliografía universal; y las obras de los franceses François de La Croix du Maine (1584)¹² y Antoine du Verdier (1585),¹³ por mencionar sólo algunas. Específicamente será en el siglo xvii, en Francia, cuando el erudito bibliotecario Gabriel Naudé utilizará por primera vez el término “bibliografía”, en lugar de “bibliotheca” en su *Bibliographia politica*.¹⁴

Los modelos seguidos por los primeros bibliógrafos mexicanos, además de las obras antes citadas, fueron el de Antonio de León Pinelo, primer bibliógrafo hispanoamericano, y su *Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental...*, publicada en 1629, junto con la edición aumentada del *Epítome* que realizó Andrés González de Barcia entre 1737 y 1738; y de Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana*, en sus dos partes conocidas como “Nova” en 1672 y la “Vetus”

12 François de La Croix du Maine, *Bibliothèque française*. París, 1584.

13 Antoine du Verdier, *Bibliothèque française*, Lyon, 1585.

14 Gabriel Naudé, *Bibliographia Politica*, Venetiis, Franciscum Baba, 1633, 115 p. Véase Malclès, 1960, pp. 10-14.

en 1696. Así como el amplio repertorio bibliográfico de los religiosos y bibliógrafos franceses Jacobus Quétil y Jacobus Echard, *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, 2 vols. (1721), entre otros.

Principales bibliografías mexicanas, siglos XVIII– XIX

A mediados del siglo XVIII, el llamado siglo de la Ilustración, el teólogo y catedrático Juan José de Eguara y Eguren inició lo que sería la primera bibliografía formal sobre impresos novohispanos, cuya primera parte se publicó en México, bajo el título de *Bibliotheca Mexicana* (1755). El autor se vio claramente influenciado por los modelos antes citados. De ellos Eguara tomó algunos elementos y los aplicó en la organización de su *Bibliotheca*, en la presentación de los autores y en el hecho de escribirla en latín, como hasta entonces había sucedido con casi todas las obras de este tipo.

El sabio Juan José de Eguara y Eguren (1696-1763), nació y murió en la virreinal Ciudad de México, sus padres eran originarios de Guipúzcoa, España. Estudió y cursó Filosofía en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús, en la capital del virreinato novohispano. En la Real y Pontificia Universidad de México continuó sus estudios en Artes, Filosofía y Teología; fue catedrático y rector de la misma universidad. En 1751, recibió la designación para ser obispo de Yucatán, la que no aceptó debido a su decisión de dedicarse de lleno a la obra bibliográfica que se había propuesto llevar a cabo. Eguara se desenvolvió en el ambiente de la llamada Ilustración Mexicana, fue autor de numerosos escritos, pero su obra con mayor reconocimiento ha sido su *Bibliotheca Mexicana*,¹⁵ cuya primera parte se imprimió en 1755.

15 *Bibliotheca Mexicana...*, Mexici, Ex nova Typographia in Aedibus Authoris editioni ejusdem Bibliotheca..., 1755.

Con esta obra, Eguiara se propuso mostrar al Viejo Mundo la riqueza de la cultura en Nueva España y la abundancia de su producción intelectual, dando cuenta de todos aquellos autores que nacidos o avecindados en Nueva España hubieran dejado algún escrito, para demostrar con la vida y obra de tantos escritores la magnitud de su aportación cultural. Siendo además su *Bibliotheca Mexicana* la respuesta más contundente a las calumnias del deán de Alicante, Manuel Martí, acerca de la ignorancia prevaleciente en Nueva España, juicio que externó a su sobrino en una carta, publicada en 1735, en donde para persuadirlo de venir a estudiar a México, le decía:

¿Adónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto de letras reina entre los indios? ¿Encontrarás, por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o —para expresarme con mayor claridad— que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá cosas tales, tanto valdría como querer trasquilar a un asno u ordeñar a un macho cabrío. ¡Ea, por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones. Más por acaso objetarás: ¿Dónde hallar todo eso? En Roma, te respondo.¹⁶

Ante tales aseveraciones, Eguiara decidió defender a México con su obra bibliográfica. Así, en el año de 1740

16 El texto de esta epístola del deán Manuel Martí, se publicó en latín por primera vez en *Cartas Latinas*, Madrid, 1735. Para la edición en español véase Eguiara y Eguren, 1986, v. 1, pp. 50-51.

emprendió el registro de impresos de la autoría de numerosos “varones eruditos novohispanos”, como una clara demostración del alto nivel que “la cultura criolla había alcanzado en el mundo hispanoamericano”, semejante al europeo, hecho que no podía, ni debía, desconocerse, ni mucho menos despreciarse.

Su elaborado plan para la realización del repertorio inició con la necesidad de documentarse por todos los medios a su alcance y a recabar la mayor cantidad de información posible. Visitó las bibliotecas de los colegios y conventos en busca de datos y noticias. Hizo una convocatoria pública, solicitó por carta a diversos eclesiásticos, catedráticos y universitarios la información y los datos de autores y obras, necesitaba saber el origen del autor, título del escrito en su idioma original, lugar de impresión, año y nombre del impresor, tamaño del escrito, tipo de texto, y en caso de ser manuscrito, la biblioteca o archivo en donde se encontraba. Además de consultar las grandes obras europeas, recurrió a las crónicas mexicanas, hagiografías y menologios; así como al repertorio de Diego Bermúdez de Castro, titulado *Catálogo de los escritores angelopolitanos...* (1746) y muy especialmente el *Enchiridion de autores americanos...*, (ca. 1747) del padre Francisco de la Rosa Figueroa, bibliotecario del convento de San Francisco de México.¹⁷

Un gran soporte para llevar a cabo su tarea, a la que dedicó más de quince años de trabajo incansable, fue su biblioteca personal, con 826 obras en 1141 volúmenes. Eguiara registró en su repertorio poco más de mil artículos con noticias de cerca de 2 000 autores, incluidos personajes civiles, eclesiásticos y algunas mujeres. Describió los primeros impresos salidos a partir del establecimiento de la primera imprenta en México, ca. 1539, y cuando menos hasta el año de 1753 o 1754, poco antes de la publicación del primer tomo y único que salió a la luz en vida del autor.

17 Rivas Mata, 2000, pp. 40-42.

Parte de su plan fue presentar, en primer lugar, un amplio y bien estructurado panorama de la cultura y la vida intelectual novohispana. Además, decidió escribir su *Bibliotheca Mexicana* en latín, a semejanza de los primeros repertorios europeos y registrar las obras en orden alfabético, por nombre de pila del autor, a la usanza medievalista. Dedicó su obra a su mecenas y patrono, el rey de España, Felipe VI. En su amplia introducción o *Anteloquia*, dividida en 20 partes, hizo referencia a los códices y bibliotecas de los antiguos mexicanos y a su escritura, a los colegios y otros centros de enseñanza novohispana, así como a las bibliotecas existentes en ese entonces y a las librerías que llegó a tener la Ciudad de México en el transcurso de la primera mitad del siglo XVIII.

Sus descripciones incluyen los datos biográficos de los autores, títulos de sus escritos, lugar, año de impresión y notas sobre el formato de los impresos, o cuando se trataba de un manuscrito. Resaltó en todo su trabajo el concepto de “lo mexicano”; al mencionar el origen de los autores, diferenciando los nacidos o avecindados aquí. De esta manera, destacó la aportación de los criollos, cuyos nombres dio a conocer en el índice parcial que incluyó.

Una característica más de su obra es el formato que utilizó para su impresión, en tamaño Folio, el más grande usado entonces, a semejanza de la mayoría de las bibliografías europeas de los siglos XVI y XVII. Como se sabe, Eguiara compró una imprenta que dedicó especialmente para la impresión de su vasta obra bibliográfica, la que comprendería varios volúmenes y de los cuales sólo alcanzó a publicar el primero con las letras A, B, C; otros cuatro tomos manuscritos quedaron inéditos, los de las letras D a la J. Los nombramientos que recibió Eguiara y Eguren, entre ellos el de Tesorero y Chantre de la Catedral Metropolitana, aunado a su precaria salud, fueron el motivo por el cual el resto de su obra quedó sin concluir, siendo 1763 el año de su fallecimiento.

De tal suerte que los manuscritos inéditos de su *Bibliotheca Mexicana*, con abundante información de autores y manuscritos, se conservaron durante algún tiempo en la Biblioteca Turriana de la Catedral Metropolitana.¹⁸ Ahí los consultó, a finales del siglo XVIII, el deán poblano José Mariano Beristáin y Souza quien los aprovechó ampliamente para realizar su *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*,¹⁹ siguiendo, en buena medida, el camino emprendido por Eguiara y retomando los modelos y las obras que éste había consultado.

José Mariano Beristáin y Souza, y su Biblioteca Hispano-americana Septentrional

El teólogo José Mariano Beristáin y Souza (1756-1817), nació en la Puebla de los Ángeles, Nueva España. Estudió Teología en los colegios de San Jerónimo y San Juan de su ciudad natal. Se trasladó a Valencia, España, como parte del séquito del obispo Francisco Fabián y Fuero, ahí continuó sus estudios y se doctoró en Teología y Sagradas Escrituras. Pasó algunos años en Valladolid, España, en

18 En la segunda mitad del siglo XIX, los manuscritos pasaron a poder del bibliógrafo y bibliotecario de la Turriana José María de Ágreda y Sánchez y, posteriormente, los adquirió el historiador Genaro García, cuya numerosa y rica biblioteca se vendió, en 1921, a la Universidad de Texas en Austin, en donde actualmente se conservan los manuscritos de la *Bibliotheca Mexicana*, entre otras muchas obras y documentos valiosos para la historia de México. Como se sabe, existe una edición castellana de la *Bibliotheca Mexicana* que coordinó desde 1986 el doctor Ernesto de la Torre Villar, proyectada en cinco volúmenes, de los que se han publicado el I, II, III y V, por la Universidad Nacional Autónoma de México. Véase también, Millares Carlo. 1984.

19 Beristáin y Souza, 1816, 1819, 1821. La 2ª edición, 3 vols., 1883. Otra es la 2ª ed. facs., 3 vols., 1980-1981; y la 3ª ed., 5 vols. en 2 tomos, 1947.

donde publicó su *Diario Pinciano*, publicación que interrumpió la autoridad inquisitorial de Valladolid, España, en 1788.²⁰ Fue delatado en la Inquisición, por primera vez, en diciembre de 1785, por llevar una vida poco edificante y leer libros considerados obscenos. A su regreso a la Ciudad de México se le designó deán de la Catedral Metropolitana.

Entre los numerosos escritos que legó Beristáin y Souza destaca su *Biblioteca Hispano-americana Septentrional o catálogo y noticia de los literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional española han dado a luz algún escrito o lo han dexado preparado para la prensa*. Obra publicada en 3 volúmenes, aunque su autor sólo pudo ver algunos pliegos impresos del primero de ellos, debido a su repentino fallecimiento el 23 de marzo de 1817. Ese primer volumen lo terminó de imprimir su sobrino en 1816; los dos restantes se publicaron en 1819 y 1821,²¹ durante la guerra de Independencia de México.

20 El *Diario Pinciano* fue considerado “el primer periódico de Valladolid que, aunque se titula diario, tuvo una periodicidad semanal (salía miércoles...) durante año y medio de existencia editaron un total de 46 números. Se subtitula “histórico, literario, legal, político y económico”. Fundado y redactado con gran calidad literaria por... [el] joven religioso y doctor en teología José Mariano Beristáin y Souza, erudito, bibliógrafo y fiel testigo de su tiempo, patrocinador de la cultura ilustrada y promotor del desarrollo económico. En él se publicaron sucesos diarios y noticias particulares de la ciudad del Pisuerga y su provincia, así como noticias sociales, culturales y jurídicas de la Real Chancillería, de la universidad y demás sociedades y academias vallisoletanas. Destacan los artículos de historia local, economía, crítica literaria y teatral, por la que su autor sufrió un proceso inquisitorial. De entre 8 y 12 páginas, con paginación continuada, estampado en la imprenta de la viuda e hijos de Santander, su reproducción facsímil fue publicada en 1933 por la Academia de Bellas Artes de Valladolid, y de nuevo en 1978, con un estudio preliminar de Celso Almúñia Fernández”. Beristáin y Souza, 1978, pp. 74-488.

21 Beristáin y Souza, 3 vols., 1816, 1819, 1821.

Beristáin y Souza inició su amplio repertorio de autores a finales del siglo XVIII, con el fin de demostrar la obra cultural realizada por España en América y así probar que Nueva España ya no estaba en la misma situación de “barbarie” en la que algunos europeos suponían que se encontraba antes de la llegada de los españoles. A diferencia de Eguiara, quien destacó lo “mexicano”, él se empeñó en resaltar la obra cultural hispana en México en medio de la efervescencia del movimiento independentista. Beristáin utilizó sus sermones y su obra para luchar en contra de las ideas de sublevación de los simpatizantes de ese movimiento, quienes por su parte lo acusaban de colaboracionista con los reyes españoles.

En su obra se aprecia claramente que siguió los mismos pasos de Eguiara y Eguren, a pesar de las muchas críticas a la *Bibliotheca Mexicana*, Beristáin la replicó en su mayor parte; retomó los mismos modelos y fuentes para llevar a cabo su empresa bibliográfica, a la que dedicó casi 20 años de su vida. También recurrió a los repertorios europeos y consultó las crónicas de los primeros misioneros que llegaron a Nueva España, así como diversos menologios que daban cuenta de su vida y escritos. De igual forma visitó las 16 bibliotecas de los colegios y otras que entonces existían en la Ciudad de México, además de la de Tepotzotlán y la de Querétaro. Algo muy importante para su quehacer bibliográfico, como en el caso de Eguiara, fue contar con una nutrida biblioteca personal. Tanto la obra de Eguiara como la de Beristáin tienen puntos coincidentes: fuentes, modelos y estructura, lo que le da continuidad al esfuerzo por contar con un registro de libros y autores vinculados a la vida intelectual novohispana.

Entre las particularidades del repertorio de Beristáin está el incluir datos de cerca de 4 000 autores, casi el doble de los registros de Eguiara, a quien retoma y continúa con el registro de escritores novohispanos, desde donde lo había dejado Eguiara hasta 1816, año en que se inició la publicación de su obra. Un cambio radical y significativo

fue escribirla en castellano y no en latín. Beristáin y Souza decidió seguir un orden alfabético por el apellido de los autores, pero no siempre por el primero sino por el más conocido; sin tener un orden riguroso.

Resaltó los datos biográficos de cada autor y registró brevemente los datos de sus escritos, sin importar que se tratara de impresos o de manuscritos. Tuvo la suerte de poder concluir el manuscrito de los tres volúmenes de su *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*, además pudo dejar el registro manuscrito de 470 Anónimos. Sin embargo, como antes se mencionó, Beristáin únicamente alcanzó a ver impreso hasta el pliego 45 del primer volumen, el resto lo publicó póstumamente su sobrino José Rafael Enríquez Trespalacios.

Beristáin estaba consciente de las limitaciones de su obra, por lo mismo, en el “Discurso apologético” con el que inicia su repertorio, señaló: “Mi biblioteca no es selecta, sino histórica y universal y todo debe ponerse en ella, y así encierra mucho bueno, mucho malo, mucho mediano y bastante selecto y muy apreciable”.²² Comprendía que su obra no era exhaustiva ni perfecta, e invitaba a “otras plumas” a enmendarla y concluirla. Invitación que retomarían algunos bibliógrafos, quienes a tan solo unos años de la publicación del tercer volumen de la obra, hicieron varias adiciones. Entre ellos Félix Osoreo, presbítero y escritor mexicano, realizó numerosas adiciones en 1827, las cuales publicó en 1897 el bibliógrafo chileno José Toribio Medina, junto con las listas de los escritos anónimos que dejó preparadas el propio Beristáin. Medina las publicó en un tomo que se ha considerado el “cuarto volumen” de la *Bibliotheca Hispano-americana Septentrional*.

Además de las adiciones de que fue objeto la obra de Beristáin, también recibió críticas de algunos eruditos de la primera mitad del siglo XIX, versados en bibliografía y conocedores de los primeros impresos mexicanos, quienes

22 Beristáin y Souza, “Discurso apologético”, vol. 1, p. XVII.

opinaron que al traducir por segunda vez los títulos de los impresos (la primera la hizo Eguiara del español al latín y Beristáin del latín al español), muchos de ellos habían quedado irreconocibles por la cantidad de errores que tenían. De tal modo que bibliógrafos como José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta, advirtieron muchos de esos errores y se propusieron, cada uno por su parte, a corregirla y adicionarla, pensando en una posible reedición. No era esto una tarea fácil, en una obra tan extensa, en donde la identificación de numerosos impresos era casi imposible y más cuando muchos de ellos se habían destruido o dispersado.

Con esa convicción García Icazbalceta comenzó por corregir y adicionar su ejemplar. Lo mismo hizo José Fernando Ramírez, con la intención de publicar sus resultados, así, con sus adiciones, logró completar un posible tomo IV, pero desafortunadamente quedó inédito. Muchas de esas adiciones las compartió con su amigo García Icazbalceta, a quien incluso le prestó su volumen manuscrito para que lo copiara, quien después de “21 años, 3 meses 14 días de haberlo comenzado...” logró terminar de transcribir de su puño y letra todo el volumen IV del señor Ramírez. Por su parte, García Icazbalceta también reunió muchas más adiciones en otro tomo manuscrito, por lo que su ejemplar de esta obra está compuesto por cinco volúmenes (los tres de Beristain, el de Ramírez y el realizado por él), característica que lo convierte en un ejemplar único.

Si bien hubo otros intentos de realizar una edición corregida y aumentada, ninguna se concretó. En 1842, el presbítero Juan Evangelista Guadalajara planeaba una nueva edición. En 1867, los editores Andrade y Escalante tiraron algunos pliegos, pero terminaron por desistir. Más tarde el librero Nicholas Trübner, de Londres, también lo intentó. En 1863 la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística acordó la reimpresión de la obra no sin antes pedir a García Icazbalceta su opinión y observaciones acerca

de la conveniencia de llevarla a cabo, la firme respuesta de este erudito bibliógrafo hizo desistir a dicha Sociedad de su empeño. Además de hacer ver las faltas y errores del repertorio de Beristáin, hacía hincapié en que:

La bibliografía requiere gran esmero para que contente al gusto refinado de la época presente, y por el número de ediciones dé a conocer cómo fue recibida la obra, y si pasó a países extranjeros por medio de traducciones. Mas lo que debe constituir el mérito capital del trabajo es la sana crítica, que asigne a cada uno su lugar, y no condene ni aplauda sin examen y sin justicia.²³

García Icazbalceta estaba convencido de la trascendencia y precisión que requería un trabajo bibliográfico, pero también opinaba que “siendo tan difíciles entre nosotros ciertas impresiones, cuando se desempeñan mal hacen más daño que provecho. Una edición viciada induce a errores, y hace casi imposible la publicación de una buena”.

El quehacer bibliográfico en el siglo XIX

Avanzado el siglo XIX, algunos otros autores mexicanos incursionarían en el campo de la bibliografía, respaldando sus investigaciones con sus nutridas bibliotecas y como una forma de dar continuidad a las obras de los primeros bibliógrafos novohispanos antes citados, sin que esto

23 García Icazbalceta, 1886b, p. 370. El discurso de García Icazbalceta relativo a las “Bibliotecas” de Eguiara y de Beristáin, lo leyó por primera vez en 1878 en la Academia Mexicana y fue publicado en 1886, en las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española*. tomo I, pp. 351-370. En 1896 se reeditó este discurso en las *Obras de Joaquín García Icazbalceta*, México, Victoriano Agüeros, editor, 1896, tomo II, Opúsculos varios II, pp. 119-146. (Biblioteca de Autores Mexicanos, 2).

significara que se dedicaran de lleno a esta rama del saber, o que se llamaran propiamente “bibliógrafos”, y sin que se consideraran especialistas en la descripción bibliográfica a partir de un método científico. Entonces no existía en México la profesión de bibliógrafo como tal, pero su dedicación y conocimiento de los impresos mostraba la evidente y estrecha vinculación entre la historia y la bibliografía, era la conjugación del quehacer bibliográfico, inherente al trabajo del historiador. Quehacer que muchas veces ellos mismos lo definieron en el siglo xix como una “afición a los libros” y como un “entretenimiento literario”.

Ejemplos de esa dedicación y estrecha relación entre ser historiador y bibliógrafo, se observa en las inquietudes y estudios de personajes como Carlos María de Bustamante, Basilio Arrillaga, José Bernardo Couto, José María Luis Mora, Melchor Ocampo, los ya citados José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta; así como Manuel Orozco y Berra, José María Lafragua, José María Vigil y otros destacados historiadores del siglo xix propietarios de bibliotecas muy completas. A este grupo estaban estrechamente vinculados el librero y editor José María Andrade y el bibliófilo y bibliotecario José María de Ágreda y Sánchez, quienes si bien no dejaron voluminosos escritos, su contribución debe valorarse por su participación en importantes proyectos intelectuales de la época que les tocó vivir, así como por lo que representaban sus bibliotecas y sus amplios conocimientos bibliográficos. Todos estos personajes, con sus actividades y sus “entretenimientos literarios”, asociaban de manera natural la historiografía con los estudios bibliográficos y entendían perfectamente la importancia que esto tenía. De este vínculo surge la necesidad de coleccionar manuscritos e impresos antiguos, de reunir valiosas e importantes bibliotecas que sirvieran a otros historiadores y estudiosos en la reinterpretación de la historia mexicana a partir de fuentes confiables que permitieran conocer o esclarecer pasajes de la historia patria.

En el transcurso de la segunda mitad del siglo xix, descollaron otros estudiosos y bibliófilos interesados en rescatar las fuentes para la historia mexicana, especialmente en 1861, a partir de la desamortización de los bienes del clero, con la consecuente dispersión de las valiosas y numerosas bibliotecas conventuales, que además favoreció, en parte, la formación de colecciones particulares. Esto aunado a que en 1867, con la Restauración de la República, se decretó formalmente la reinstalación de la Biblioteca Nacional en la antigua iglesia de San Agustín, suceso que animó a una nueva generación de bibliógrafos y propició que autores como Pedro Santacilia, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, Juan E. Hernández Dávalos y Nicolás León, entre otros distinguidos hombres de letras, realizaran valiosos trabajos bibliográficos y más tarde, en mayo de 1899,²⁴ algunos de ellos impulsaran la fundación del Instituto Bibliográfico Mexicano antecedente del actual Instituto de Investigaciones Bibliográficas.²⁵

En este contexto, especialmente, en el último cuarto del siglo xix y principios del xx, aun salvando las difíciles condiciones y consecuencias de la agitada vida política por la que atravesaba el país y sin que las convicciones partidistas divergentes incidieran en el quehacer bibliográfico, se advierte en México un marcado auge de estos repertorios de impresos coloniales, en consonancia con los avances de la bibliografía en Europa y Estados Unidos, entonces se publican obras de largo aliento entre las que se distingue la *bibliografía mexicana del siglo xvi. Primera parte. Catálogo razonado de libros impresos en México de*

24 León, 1902, pp. 55-66. Sobretiro. Este interesante artículo sobre la bibliografía mexicana primero se publicó en *El Tiempo Literario Ilustrado. Semanario de literatura, historia, bellas artes, variedades, etc.*, México, 1° de enero de 1901, Tomo I, n° 1, pp. 7-8; 7 de enero del mismo año, Tomo I, n° 2, pp. 19-20; y el 14 de enero de 1901, Tomo I, n° 3, pp. 35-36. Vázquez Mantecón, Flamenco Ramírez y Herrero Bervera, 1987, pp. 85-88.

25 Ruiz Castañeda, 1997, pp. 129-143.

1539 a 1600..., de Joaquín García Icazbalceta, publicada por él mismo en 1886.

Cabe destacar que a partir de esta obra los repertorios bibliográficos se realizarían con un modelo distinto, cuyas principales características fueron la imprescindible comprobación de la existencia de los impresos, las descripciones exhaustivas y aplicación de métodos de clasificación, así como la crítica y valoración de las obras y sus autores; la revisión *de visu* y comparación de impresos antiguos.

Sin dejar de lado la imprescindible consulta y análisis de otras fuentes y repertorios bibliográficos de conocidos eruditos contemporáneos, considerados entonces “verdaderos colectores de monumentos” literarios e históricos. Entre los que se puede mencionar al historiador y político francés François Guizot (1787-1874) autor de numerosas obras y colección de memorias relativas a la historia de Francia; al marino, historiador y académico español Martín Fernández de Navarrete (1765-1844), autor y compilador de extensos repertorios como la *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv...* (5 vols., 1825-1837) y la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España...*, que realizó junto con Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda (112 tomos); al bibliógrafo y coleccionista francés Charles-Henry Ternaux (1807-1864), compilador de varias relaciones y memorias relativas al descubrimiento de América; así como otros reconocidos compiladores extranjeros que realizaron en el transcurso del siglo xix extensas obras bibliográficas.²⁶

26 Carta de José Fernando Ramírez a Joaquín García Icazbalceta, Durango, Octubre 4 de 1850. Rivas Mata y Gutiérrez López, 2010, p. 141.

Joaquín García Icazbalceta y su *Bibliografía mexicana del siglo xvi*

Autores y grandes recopilaciones que Joaquín García Icazbalceta conocía muy bien y consultaba a menudo. Además, en su empeño por recuperar los impresos y documentación histórica mexicana del siglo xvi (dispersada fuera de nuestro país en distintos momentos), logró establecer una amplia red de corresponsales, lo que le permitió entablar comunicación epistolar con algunos reconocidos historiadores-bibliógrafos europeos y estadounidenses, con el fin de compartir hallazgos, discutir métodos de trabajo, avanzar en sus estudios bibliográficos, adquirir copias de documentos e impresos, o la simple recolección de datos, despejar dudas y plantear hipótesis sobre la existencia de algunos de los primeros impresos mexicanos, así como estrechar amistades a distancia a partir de una continua comunicación epistolar. Los beneficios de ese provechoso intercambio entre hombres de letras, están presentes en la *bibliografía mexicana del siglo xvi* de Joaquín García Icazbalceta, la cual se nutrió y estuvo a la altura de los repertorios bibliográficos europeos y de Estados Unidos.

Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), nació en la Ciudad de México, sus padres fueron Eusebio García Monasterio, un acaudalado comerciante español, y Ana Ramona de Icazbalceta y Musitu, quien pertenecía a una familia acomodada de origen vasco propietaria de varias haciendas azucareras. Aunque Joaquín no asistió a escuela alguna, su formación en la casa familiar estuvo en manos de reconocidos profesores. Trabajó desde los once años al lado de su padre en el escritorio comercial especializado en la venta de los productos de las haciendas azucareras de la familia. El joven Joaquín dedicaba sus pocos ratos de ocio a la práctica de la tipografía y al estudio de la historia de México. Llegó a ser un prolífico autor de eruditos y bien documentados estudios históricos con los que acompañó las ediciones de diversos manuscritos y documentos

históricos mexicanos que logró reunir, si bien su trabajo editorial fue fecundo, su trabajo bibliográfico le dio un lugar especial en la bibliografía universal.

Su gran repertorio lo tituló *Bibliografía mexicana del siglo xvi. Primera Parte. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia acerca de la introducción de la Imprenta en México*.²⁷ Trabajo erudito que inició alrededor de 1846, siguiendo un método riguroso para el análisis y clasificación de los impresos acorde con los avances de las bibliografías europeas y estadounidenses, y la publicó cuarenta años más tarde. Su repertorio tuvo una amplia recepción entre los hombres de letras, tanto en México como en el extranjero, recibió buenos comentarios y elogios de reconocidos historiadores, bibliógrafos, bibliotecarios, libreros y estudiosos ligados al mundo del libro.

Su obra se inserta en la labor de un grupo de intelectuales que compartían un marcado interés por contribuir a la reelaboración del pasado como una forma de darle contexto y continuidad histórica a su presente. García Icazbalceta pertenecía a ese grupo de intelectuales y estaba convencido de la importancia de reunir las fuentes históricas fidedignas necesarias para reescribir la historia y contar con una descripción lo más completa posible de los manuscritos y primeros impresos mexicanos del xvi, antes de que terminaran por destruirse. Como imperioso resultaba recuperar aquellas fuentes históricas que con el paso del tiempo habían desaparecido o habían salido del país durante el dominio español, o bien se dispersaron en manos de científicos exploradores y coleccionistas extranjeros.

A esta labor dedicó García Icazbalceta su empeño, tiempo y recursos. Durante más de 40 años recopiló información para su *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, con el

27 García Icazbalceta, 1886a.

fin de dar a conocer los primeros impresos mexicanos. La prolija descripción de cada uno de los impresos incluidos en su repertorio, fue una forma de recuperar la memoria de esa producción intelectual novohispana. Su interés estaba enfocado en estudiar los primeros años de la dominación española y en esclarecer el establecimiento de la imprenta en México, asunto que considero que aún estaba en “tinieblas”.

Para llevar a cabo su empresa bibliográfica, García Icazbalceta consultó los principales repertorios europeos, por supuesto también las obras de Eguiara y de Beristáin, así como los demás antecedentes mexicanos ya mencionados. Consultó las escasas bibliotecas públicas que entonces daban servicio, además del Archivo Nacional y las librerías existentes en la Ciudad de México, entre ellas la de su gran amigo el librero José María Andrade, que era de las mejor surtidas.

Los acontecimientos políticos, los constantes conflictos armados y los altibajos económicos que caracterizaron el siglo xix mexicano, afectaron muchas veces el servicio de consulta en las bibliotecas, o impedían a las librerías recibir las novedades editoriales que llegaban de Europa o de los Estados Unidos, de ahí que una alternativa para los intelectuales mexicanos fue establecer comunicación epistolar con personajes ligados a las principales bibliotecas y archivos europeos y estadounidenses, así como con bibliófilos y bibliógrafos conocedores de los impresos mexicanos, con quienes a través de una nutrida correspondencia poder intercambiar información, portadas de impresos, ilustraciones, libros y copias que le permitieran aportar nuevos datos sobre los primeros frutos de la imprenta en México. Esta práctica epistolar también facilitó a García Icazbalceta la consulta de catálogos de librerías europeas y estadounidenses, estar al tanto de las novedades editoriales y de las subastas de impresos, y sobre todo del debate y las ideas que circulaban en Europa y América en torno a la bibliografía y a la historia.

El principal soporte para sus investigaciones fue su propia biblioteca con cerca de 4 mil volúmenes, incluidos muchos de los impresos mexicanos del siglo xvi, además de una nutrida colección de manuscritos relativos a la historia de América, originales y en copia, todos de suma importancia, reunidos en 34 volúmenes, además de otros numerosos tomos con manuscritos en diferentes tamaños y en lenguas indígenas, sumando un total de 149 volúmenes.

Algunos elementos novedosos caracterizaron su obra, convirtiéndola en un parteaguas en cuanto al quehacer bibliográfico. A diferencia de sus dos importantes predecesores, Juan José de Eguiara y Eguren y José Mariano Beristáin y Souza, por su parte García Icazbalceta delimitó su campo de estudio únicamente a los impresos mexicanos del siglo xvi. De esta forma incluyó la descripción minuciosa de 116 impresos, publicados entre los años 1539 y 1600, ofreciendo a sus lectores información fidedigna en cada una de sus descripciones. Es de reconocerle que, a pesar de que casi inmediatamente de que terminó, realizó algunas adiciones de las que tuvo noticia a última hora, por lo que se apresuró a enviarlas a las personas que habían adquirido un ejemplar de su obra.²⁸

Otra particularidad, fue el utilizar por primera vez en el título de su repertorio el término de “Bibliografía”, acorde a los avances en esta rama del saber, y no de “Biblioteca” o “Librería” como se usó en los siglos precedentes para denominar a este tipo de recopilaciones. García Icazbalceta cambió el orden de presentación, dándole más importancia al cronológico por fecha de aparición para presentar los impresos y dentro de éste el alfabético por autor o título.

Para la realización de su bibliografía, siguió el método “nuclear” que le recomendó utilizar su colega el bibliógrafo

28 Millares Carlo en la nueva edición corregida y aumentada que realizó de la *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, en 1954, registró un total de 179 impresos mexicanos para este siglo.

franco-estadounidense, Henry Harrisse, el mismo que él aplicó en su gran *Bibliotheca Americana Vetustissima*,²⁹ que consistía en hacer de cada obra “un ‘nucleus’ alrededor del cual agrupe todos los hechos históricos de su conocimiento, apoyados con autoridades que permitan al lector controlar su crítica. No busque más que la claridad...”.³⁰ De esta manera, García Icazbalceta privilegió la exactitud en los datos bibliográficos, además de incluir los biográficos de los autores y otras noticias importantes del texto y su contexto histórico. En sus descripciones exhaustivas proporcionó los datos de la portada, contenido, autor, título, pie de imprenta, descripción física, estado físico del impreso, localización, precio de venta y referencias a otros ejemplares existentes, aparte de los que él tenía en su biblioteca.

Si bien cuidó de incluir un índice general por año de impresión que indica el número progresivo de ficha, el año, el autor y el título de la obra; y uno de las fotolitografías que la ilustran, realizadas por su hijo Luis García Pimentel, faltó un índice general de autores. Algunas descripciones las acompañó con fragmentos de las obras, como después lo haría el bibliógrafo Nicolás León. Lo que hizo de su obra una herramienta sumamente útil para historiadores, libreros y coleccionistas.

Algo distintivo en su repertorio fue la calidad tipográfica y bien cuidada impresión, para la cual mandó fundir en Estados Unidos juegos de letras y tipos antiguos y el papel para la impresión lo importó de Francia. Todo el proceso estuvo supervisado por el propio García Icazbalceta, en la imprenta que había sido de su propiedad, aunque a partir de 1867 estuvo en manos de su socio el reconocido impresor Francisco Díaz de León. Su obra fue el modelo a seguir no solamente para sucesivos bibliógrafos mexicanos, además lo fue para estudiosos de otros países, así como para libreros y tipógrafos que elogiaron

29 Harrisse, 1866 y 1872.

30 *Entre sabios*, 2016, p. 185.

los amplios conocimientos del bibliógrafo mexicano y la excelente edición de su repertorio.

El círculo de intelectuales y académicos que frecuentaba don Joaquín y el grupo de sus amigos más cercanos estuvieron atentos a los avances de su repertorio desde sus inicios, muchos de ellos contribuyeron de muy diversas formas, con datos y noticias de impresos o bien poniendo a su disposición su propia colección de libros. Algunos de esos estudiosos o aficionados a los libros se animaron a seguir sus pasos bibliográficos, uno de ellos fue Agustín Fischer (1825-1887), capellán alemán, residente en la Ciudad de México, con amplios conocimientos bibliográficos y sobre la historia de México, quien formó varias colecciones de impresos mexicanos para después venderlas al mejor postor; es conocida su intervención en la subasta de valiosas bibliotecas mexicanas, entre ellas las de José María Andrade y de José Fernando Ramírez.

Agustín Fischer, siempre estuvo muy interesado en los adelantos bibliográficos de García Icazbalceta y siguiendo sus pasos se animó a trabajar en la descripción de los impresos del siglo XVII. No obstante, Fischer se encontraba enfermo y tal vez sus ocupaciones como capellán de la iglesia de San Cosme, en la Ciudad de México, no le dejaban mucho tiempo para su quehacer bibliográfico. Así ante la imposibilidad de continuarlo le ofreció al presbítero y también bibliógrafo Vicente de Paul Andrade los avances de lo que tenía sobre impresos del siglo XVII para que concluyera ese repertorio.

Vicente de Paul Andrade y su Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII

Vicente de Paul Andrade (1844-1915), sobrino del librero José María Andrade, también tenía amplios conocimientos y gusto por la bibliografía, sin pensarlo mucho aceptó el ofrecimiento de Fischer de aprovechar sus descripciones

bibliográficas de impresos del siglo xvii que había reunido. El presbítero Vicente de Paul Andrade, nació en la Ciudad de México, fue hijo del reconocido doctor Manuel Andrade y de Eleonor Pau, francesa. Si bien la vocación de Vicente de Paul fue el sacerdocio, pudo combinar sus responsabilidades eclesiásticas con sus estudios histórico-bibliográficos. Ingresó en 1863 a la Congregación de los Padres Paules, con quienes cursó su formación sacerdotal. Se ordenó en París en 1868. En 1880, se separó de esta congregación para gestionar la erección de la Diócesis de Tabasco. Fue canónigo de la Colegiata de Guadalupe y cura del Sagrario Metropolitano. Autor prolífico de sermones y libros de historia, biografía, genealogía y bibliografía. Una de sus obras más importantes fue su *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii*.³¹

Para llevarlo a cabo, siguió los pasos de los bibliógrafos mexicanos que le antecedieron, en particular de su amigo Joaquín García Icazbalceta, siguiendo el mismo método de trabajo y de clasificación cronológica de los impresos, aunque no fue tan cuidadoso, ni prolijo. No obstante, prevalece la continuidad en el quehacer bibliográfico mexicano. Su objetivo principal fue dejar constancia del aporte de “tantos mexicanos ilustres y sabios que con sus obras honraban a la patria” y recuperar de esta forma parte del patrimonio tipográfico mexicano.

Sus fuentes principales para la realización de su ensayo bibliográfico fueron los repertorios antes citados; además de la copiosa información que logró recabar en las librerías y bibliotecas de la Ciudad de México, pero también en las de Puebla y Querétaro. Un soporte primordial para su trabajo, fue la nutrida biblioteca que heredó de su tío el librero José María Andrade; además de recurrir y visitar las de sus amigos más cercanos. Asimismo, le fue de mucha utilidad la consulta de catálogos de libreros y de ventas de bibliotecas.

31 Andrade, 1899.

Vicente de Paul Andrade aprovechó el trabajo bibliográfico que había emprendido Agustín Fischer, aunque esto le costó una disputa con el doctor Nicolás León, también bibliógrafo e interesado en continuar el repertorio de los impresos del siglo xvii, pero quien finalmente tuvo que desistir y dedicarse al estudio y registro de los del siglo xviii.

Entre los elementos que distinguen la bibliografía de Andrade está el haber incluido la descripción de 1394 impresos del siglo xvii, de los cuales 166 corresponden a impresos poblanos. Siguió un orden cronológico como el de García Icazbalceta, aunque tampoco incluyó índice general, pero si unos cuadros por número de impresos, de año y de impresores.

Andrade, a diferencia de los bibliógrafos que le precedieron, no contó con imprenta y tuvo muchos problemas para la publicación de su repertorio, ya que no contaba con recursos. Tal vez por ello utilizó para su impresión, por primera vez, un formato más pequeño, en 4°, es decir 16 por 22 centímetros, en lugar de folio, para economizar gastos. A este respecto cabe resaltar que su obra fue la primera de las bibliografías mexicanas que se publicó con los auspicios de una institución pública, en este caso el Museo Nacional de México. Vicente de Paul Andrade trabajó en su *Ensayo bibliográfico* durante 10 años. No se hicieron reediciones propiamente de esta obra, pero el bibliógrafo chileno José Toribio Medina retomó este y otros trabajos para incluirlos en su voluminosa obra *La Imprenta en México*.

Nicolás León y su Bibliografía mexicana del siglo xviii

Continuó esta saga bibliográfica el joven médico michoacano, Nicolás León (1859-1929), vivamente interesado en cuestiones de historia y bibliografía mexicanas. Este interés lo

llevó en marzo de 1883, a entablar comunicación epistolar con el experimentado bibliógrafo y editor Joaquín García Icazbalceta, tan sólo tres años antes de que saliera de las prensas su *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, obra de la cual León ya tenía conocimiento y esperaba con ansia poder adquirir.

Las múltiples ocupaciones de García Icazbalceta como “labrador industrial” o “fabricante de azúcar”,³² no fueron obstáculo para compartir generosamente con su joven interlocutor sus conocimientos sobre la historia de los primeros años de la dominación española y sobre bibliografía mexicana. Así, de la misma forma como García Icazbalceta fue una guía para Vicente de Paul Andrade en cuestiones bibliográficas lo fue para Nicolás León y otros bibliógrafos interesados en los impresos mexicanos.

Nicolás León, nació en Quiroga, Michoacán, médico, arqueólogo, antropólogo, historiador y astuto bibliógrafo. Realizó parte de sus estudios en su natal Quiroga, después en Pátzcuaro y más tarde en Morelia. Fue director de Museo Michoacano e iniciador de la publicación periódica *Anales del Museo*.

Brevemente diremos que en 1899 ingresó el Instituto Bibliográfico Mexicano en donde trabajó por varios años, esta misma institución publicó su obra bibliográfica. León fue autor de más de 500 trabajos de historia, antropología, medicina, y otros temas. Formó varias colecciones de libros, incluidos impresos antiguos mexicanos que vendió en Estados Unidos a distintos coleccionistas. Se le reconoce ampliamente por sus conocimientos y ediciones bibliográficas, especialmente por su *Bibliografía mexicana del siglo xviii*.³³ Nicolás León estaba convencido de que este tipo de obras ayudarían a solucionar la controversia entre conservadores y liberales acerca de si la dominación española había sido

32 Bernal, 1982, p. 18.

33 León, 6 tomos, 1902-1908.

una época de “barbarie o de oro”, y se decidió a escribir su obra para mostrar la riqueza cultural de entonces.

Hemos visto en los casos antes mencionados que el quehacer bibliográfico, fue un trabajo pausado y arduo, el caso de Nicolás León no es la excepción, trabajó más de 15 años en su repertorio bibliográfico. Se documentó en los acervos de diversas bibliotecas, especialmente de Morelia. Tuvo la suerte de que el Provincial de la Orden de San Agustín le permitiera revisar los archivos y bibliotecas agustinos y tomar los impresos duplicados en pago de la ayuda que les había brindado en un pleito con el gobierno. Como director del Museo Michoacano, visitó la Biblioteca Pública de Morelia, aprovechando la ocasión para pedir prestados los libros. Además consultó otras bibliotecas públicas y las de algunos de sus amigos y conocidos en Morelia, Ciudad de México, Oaxaca y Guanajuato.

La comunicación epistolar fue otro medio para obtener información y libros. Nicolás León, a semejanza de García Icazbalceta, se escribía con varios corresponsales, tanto de México como del extranjero, historiadores e interesados en los impresos mexicanos quienes le enviaron datos de mucha utilidad. Las colecciones de libros que formó, al menos tres, fueron la principal fuente para su repertorio bibliográfico y, por supuesto le fue de mucha ayuda la guía y conocimientos de Joaquín García Icazbalceta.

En su obra, León registró 4 086 impresos del siglo XVIII, distribuidos en 6 volúmenes. La inició en mayo de 1887, publicó algunos avances parciales, no sin muchos problemas. Concluyó su publicación después de 15 años, él siguió un orden alfabético por autor, independiente en cada volumen. No incluyó índices, lo cual dificulta su consulta. Privilegió la descripción bibliográfica de los impresos, realizó breves menciones biográficas e incluyó reproducciones de impresos enteros. Utilizó nuevamente el formato mayor, folio. En este caso la publicación de su obra también estuvo a cargo de una institución pública, el Instituto Bibliográfico Mexicano.

La *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* de Nicolás León se publicó entre 1902-1908, casi al mismo tiempo, entre 1908-1912, el bibliógrafo José Toribio Medina empezó a dar a conocer su *Imprenta en México (1539-1821)*, suceso que le restó atención a la obra del bibliógrafo michoacano.

*José Toribio Medina y su obra La Imprenta en México (1539-1821)*³⁴

En este recorrido por los principales repertorios bibliográficos de impresos novohispanos, requiere, cuando menos, una mención breve la obra del bibliógrafo chileno José Toribio Medina (1852-1930), que con su voluminoso repertorio abarcó, como bien lo señala en su título, desde los primeros frutos tipográficos de la imprenta en México hasta los que se imprimieron en 1821, año que marcó el fin del dominio español en México. En su obra, Medina reunió la nutrida producción novohispana de esos tres siglos, antes abordada por los bibliógrafos mexicanos a que nos hemos referido, pero cuyo contenido se circunscribió a un periodo o siglo determinado. Medina reunió todo ese caudal de información, añadiendo numerosas adiciones y correcciones a las obras de sus predecesores mexicanos.

José Toribio Medina, nació en Santiago de Chile. Se graduó de abogado y se interesó por el estudio de las ciencias naturales, la historia, la literatura y la bibliografía. Viajó varias veces a Europa para consultar bibliotecas y archivos. Autor de numerosas obras sobre la imprenta en México y en Hispanoamérica. Uno de los primeros trabajos de Medina fue la *Historia de la literatura colonial de Chile*, a raíz de esta investigación advirtió la necesidad de contar con inventarios de la producción intelectual del continente. La bibliografía sobre México, fue una pieza más en su ambicioso proyecto sobre la imprenta en América, su propósito

34 Medina, 8 vols., 1908-1912.

fue posicionar a su obra como la mejor y la más completa de todas.

Algo importante para lograr su objetivo fue que, a diferencia de los bibliógrafos mexicanos, Medina pudo consultar personalmente las bibliotecas de España, Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda y Bélgica. En América recorrió las de Argentina, Paraguay, Lima, Guatemala y México. Aquí lo recibieron con las puertas abiertas en muchos acervos de bibliotecas conventuales, particulares y públicas.

Como sucedió con García Icazbalceta y Nicolás León, Medina también recurrió a corresponsales de distintas partes, lo cual le facilitó la consulta de repertorios europeos y mexicanos. Sin lugar a dudas, su biblioteca particular fue pieza clave para sus estudios, compuesta por casi 60 mil piezas incluidos muchos manuscritos. No obstante, la fuente primordial de Medina para llevar a cabo *La Imprenta en México (1539-1821)*, fue el trabajo que habían realizado los bibliógrafos mexicanos como Juan José de Eguara y Eguren, José Mariano Beristáin y Souza, Joaquín García Icazbalceta, Vicente de Paul Andrade y Nicolás León.

Para su extensa obra, en 8 volúmenes, Medina redactó una muy interesante introducción con datos de numerosos bibliógrafos y sus obras. Su repertorio contiene la descripción de un total de 12,437 impresos coloniales, publicados entre 1539 y 1821. Su trabajo lo inició alrededor de 1893, durante casi diez años estuvo realizando sus investigaciones. Nuevamente siguió un orden cronológico, como el de García Icazbalceta, por año de publicación. Sus descripciones fueron tan completas como las del bibliógrafo mexicano y aún más, pues pudo añadir el resultado y novedades de sus investigaciones en bibliotecas europeas.

En su repertorio Medina también insertó fragmentos de impresos como una forma de recuperar textos de difícil consulta. Resaltó la información bibliográfica más que los datos biográficos e incluyó índices, los cuales son de suma utilidad y facilitan la consulta de esta gran obra. Decidió imprimirla en el mayor formato, folio, a semejanza de las

antiguas bibliografías. Algo a destacar es que la imprimió en su imprenta particular y contó con apoyo económico del gobierno de su país.

Consolidación del quehacer bibliográfico en el siglo XIX

Esta visión de conjunto, de seis de los repertorios más representativos del quehacer bibliográfico en México, muestra que cada autor imprimió su sello personal a la obra, de acuerdo con su objetivo y su época. Si bien se trata de trabajos individuales, cada uno retomó las experiencias anteriores. Estas bibliografías sobre impresos mexicanos reunidas, pero independientes una de otra, componen el inventario de la producción tipográfica mexicana desde la llegada de la imprenta a la Nueva España hasta el fin del dominio español y han sido consideradas como las obras más representativas de la producción bibliográfica mexicana durante el siglo XIX.

Durante esa centuria los repertorios bibliográficos recobraron mayor importancia y se insistió en la necesidad de su elaboración, no sólo para registrar la producción intelectual sino como una forma de atesorar y recuperar el pasado histórico y el patrimonio bibliográfico, paralelamente a eso, durante la segunda mitad de ese siglo, se reconoció la relevancia del trabajo de los bibliógrafos, especialmente en Europa y en Estados Unidos, y más tarde particularmente en México, gozaría de mayor aprecio.

Cabe mencionar que en 1863, los bibliógrafos, José Sancho Rayón y Manuel Remón Zarco del Valle, por cierto asiduos correspondientes de García Icazbalceta y editores del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (Madrid, 1863), describieron las cualidades que debía tener un bibliógrafo, la primera que debía ser “un hombre de universales conocimientos” que con su arduo y paciente trabajo de investigación y recopilación debía

ofrecer al historiador las “canteras riquísimas” de datos y descripciones de impresos para llevar a cabo su investigación histórica. Ambos bibliógrafos también señalaron con mucho énfasis el mucho tiempo que perdía el historiador y las fuerzas que malgastaba sin el trabajo de un buen bibliógrafo que le pudiera “allegar las noticias que ha menester cuando el bibliógrafo no se las presenta a un golpe de vista!”.³⁵

En tanto que para el reconocido polígrafo santanderino, Marcelino Menéndez y Pelayo, el trabajo del bibliógrafo no debería consistir en realizar simples índices de volúmenes, cuyo registro careciera de un trabajo intelectual y crítico, por el contrario, insistía en que “la crítica ha de ser la primera condición del bibliógrafo” ya que esto le permitiría hacer un análisis y valoración de los libros de escasos méritos o de aquellos fundamentales por su contenido y aportación a la ciencia, de los cuales el bibliógrafo debía ser capaz de ir “entresacando a la par cuánto de útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad...”,³⁶ con lo cual la contribución del bibliógrafo, al trabajo de otros intelectuales, era aún mayor.

Estas y otras cualidades fueron una constante en el trabajo de los bibliógrafos mexicanos del siglo XIX –recordemos las observaciones críticas que hizo García Icazbalceta a la obra de Beristáin en 1863–, lo cual aunado a la formación de sus propias colecciones de libros les permitieron llevar a cabo un minucioso análisis, descripción, estudio comparativo e identificación de los numerosos impresos novohispanos incluidos en las respectivas bibliografías realizadas. Un ejemplo es el quehacer bibliográfico y de edición que realizó García Icazbalceta, reconocido por varios de sus pares nacionales y extranjeros: Entre éstos últimos, tres académicos de prestigio, Justo Zaragoza, Marcos

35 Gallardo, 1863-1889, vol. 1, pp. viii-ix.

36 Fernández Sánchez, 1994, pp. 268-269.

Jiménez de la Espada y Vicente Barrantes, lo invitaron a establecer un “afectuoso comercio literario”, con el fin de iniciar la Colección *Biblioteca hispano-ultramarina*, que reuniría valiosos y diversos documentos, sabiendas de los amplios conocimientos del bibliógrafo mexicano y de su experiencia en la edición de sus dos importantes *Colecciones de documentos para la historia de México* (1858 y 1866). Invitación que agradeció el bibliógrafo mexicano pero declinó con el argumento de que estaba dedicado a sus negocios, sin poder dedicar mucho tiempo a sus “pobrísimos estudios” y a sus pocos libros.³⁷

García Icazbalceta, nunca había pisado una escuela, por lo tanto estaba cierto que no podía ser considerado como un *autor* ni estar entre los *científicos* y menos podía participar en la república de las letras a la que había sido invitado. No obstante, estaba convencido de la importancia de la bibliografía y los estudios derivados de ella, en su opinión: “La bibliografía tiene un porvenir magnífico; entre más se multiplican los libros, más las bibliografías se vuelven necesarias. En un siglo, la bibliografía será la primera y la más eficaz de las *ciencias*”.³⁸

No fue necesario que pasara tanto tiempo, el estudio formal de la bibliografía en México cobraría mayor fuerza antes de que finalizara la centuria decimonónica. Varios bibliógrafos, historiadores, literatos, académicos y otros eruditos mexicanos se dieron a la tarea de emprender estudios muy puntuales sobre bibliografía mexicana, así como diversos repertorios bibliográficos y recopilaciones de un

37 En noviembre de 1874, los historiadores hispanos Justo Zaragoza, Marcos Jiménez de la Espada y Vicente Barrantes, enviaron a García Icazbalceta una carta invitándolo a establecer tratos literarios y participar en la proyectada colección *Biblioteca hispano-ultramarina*, publicada en Madrid entre los años de 1877 y 1880, de la cual se publicaron únicamente seis tomos. Rivas Mata, 2012, pp. 51-66.

38 Esta opinión se la comunicó por carta a su corresponsal Henry Harrisse, en Nueva York. México, 3 de abril de 1866. *Entre sabios*, 2016, pp. 207-210.

amplio abanico temático. Quehacer bibliográfico que se vio acompañado una vez más por el aumento de la producción tipográfica, la estabilización y crecimiento de bibliotecas públicas y particulares; con la consolidación de instituciones científicas y académicas, y fortalecido con la posibilidad de contar con una mayor oferta bibliográfica.

Consideraciones finales

La aproximación a estos repertorios bibliográficos y al quehacer de los bibliógrafos mexicanos permite saber algo más acerca de su evolución, de la aplicación de distintos métodos de trabajo, de la forma de ordenarlas, el tipo de datos incluidos, los formatos, su delimitación cronológica y otros aspectos, los cuales contribuyeron al avance y consolidación del quehacer bibliográfico al finalizar el siglo XIX y principios del XX.

Asimismo, muestra que si bien estas bibliografías, en su mayoría monumentales, fueron en un principio fruto de un esfuerzo personal y trabajo en solitario –lo que consideró la bibliógrafa francesa Louise Nöelle Malclès como la etapa “histórica y científica”–; sin perder de vista que en la acuciosa labor de los bibliógrafos está implícito el respaldo de muchos individuos que de distinta forma contribuyeron a esa labor colectiva, –lo que Malclès señala como la etapa literaria y bibliofílica–. Finalmente, se puede decir que en buena parte, la actividad bibliográfica mexicana se fortaleció gracias a la colaboración generosa y al intercambio de información entre historiadores, antropólogos, lingüistas, literatos, académicos, bibliófilos, bibliógrafos, bibliotecarios, archiveros y libreros de dentro y fuera del país, etapa que en su estudio pionero Malclès considera como la etapa más fecunda y profesional, de colaboración desinteresada entre los hombres de letras y bibliófilos. De generosos coleccionistas de impresos antiguos que estaban en la mejor disposición de prestar sus libros, así como

la ayuda de distintos miembros de instituciones y sociedades literarias, como de diversos corresponsales tanto mexicanos como extranjeros.

Bibliografía

- Andrade, Vicente de Paul. *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii*. México: Imprenta del Museo Nacional, 1899.
- Balsamo, Luigi. *La bibliografía. Historia de una tradición*. España: Ediciones Trea, S. L., 1998.
- Beristáin y Souza, José Mariano. *Biblioteca Hispano-americana Septentrional o catálogo y noticias de los literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional española han dado a luz algún escrito o lo han dexado preparado para la prensa*. 3 vols. México: Alejandro Valdés, 1816, 1819, 1821.
- Beristáin y Souza, José Mariano. *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*, 2ª ed. publicada por Fortino Hipólito Vera. 3 vols. Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883.
- Beristáin y Souza, José Mariano. *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*, 3ª ed., 5 vols. en 2 tomos. México, Ediciones Fuente Cultural, 1947.
- Beristáin y Souza, José Mariano. *Diario Pinciano. Primer periódico de Valladolid (1787-1788)*, segunda reproducción facsimilar, estudio preliminar de Celso Almuiña Fernández, Valladolid, Grupo Pinciano y Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1978 <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/card?sid=4404553>. [Consultado el 9 de febrero de 2024].
- Beristáin y Souza, José Mariano. *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*, 2ª ed. facsimilar, 3 vols. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Estudios y Documentos Históricos, A.C., Claustro de Sor Juana, 1980-1981.

- Bernal, Ignacio. *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1982.
- Besterman, Theodore. *Les débuts de la bibliographie méthodique*, 3ème. ed. Traduit de l'anglais. París: La Palme, 1950.
- Chartier, Roger. "Bibliotecas sin muros". *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, prólogo de Ricardo García Cárcel. Barcelona: Gedisa, 1994.
- De Eguira y Eguren, Juan José. *Bibliotheca Mexicana*. Prólogo y versión española de Benjamín Fernández Valenzuela. Estudio notas, apéndices, índices y coordinación general de Ernesto de la Torre Villar, con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda. Tomos I, II, III, V. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1986-2010.
- Díaz, José Simón. *La Bibliografía. Conceptos y aplicaciones*. Barcelona: Editorial Planeta, 1971.
- Fernández de Zamora, Rosa María. *Los impresos mexicanos del siglo XVI: su presencia en el patrimonio cultural del nuevo siglo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Fernández Sánchez, José. *Historia de la bibliografía en España*. Prólogo por Manuel Sánchez Mariana. Madrid: Compañía Literaria, 1994.
- Gallardo, Bartolomé José. *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por M. R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón*, 4 vols. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Imprenta y Fundación de Manuel Tello, 1863-1889.
- García Icazbalceta, Joaquín. *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera Parte. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia*

- acerca de la introducción de la Imprenta en México*. México: Librería de Andrade y Morales, Sucesores, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1886.
- García Icazbalceta, Joaquín. "Las 'bibliotecas' de Eguiara y de Beristáin". Discurso leído por el Secretario de la Academia, en la Junta de 1º de octubre de 1878. *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española*, tomo I: 351-370, 1886.
- García Icazbalceta, Joaquín. "Las 'bibliotecas' de Eguiara y de Beristáin". *Obras de Joaquín García Icazbalceta*. México: Victoriano Agüeros. tomo II, Opúsculos varios II: 119-146. (Biblioteca de Autores Mexicanos, 2), 1896.
- García Icazbalceta, Joaquín. *Bibliografía mexicana del siglo xvi. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600...* Nueva edición por Agustín Millares Carlo. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.
- González y González, Luis. "Nueve aventuras de la bibliografía mexicana". *Historia Mexicana*, 10, 1 (1960): 16-53.
- Harrisse, Henry. *Bibliotheca Americana Vetustissima. A description of works relating to America published between the years 1492 and 1551*. Nueva York: Geo. P. Philes, Publisher, 1886.
- Harrisse, Henry. *Bibliotheca Americana Vetustissima. A description of works relating to America, Published between 1492 and 1551. Additions*. París: Imprimé par W. Drugulin à Leipzig pour la Librairie Tross, 1872.
- León, Nicolás. *Bibliografía mexicana del siglo xviii*. 6 tomos. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1902-1908.
- León, Nicolás. "La Bibliografía en México en el siglo xix, Memoria leída en el Concurso Nacional de 1900". *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano*, 3 (1902): 55-66.
- Malclès, Louise Nöelle. *La bibliografía*, trad. de Roberto Juarroz. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1960.

- Martínez Baracs, Rodrigo y Emma Rivas Mata. *Entre sabios. Joaquín García Icazbalceta y Henry Harrisse. Epistolario, 1865-1878*, edición bilingüe anotada. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016.
- Medina, José Toribio. *La imprenta en México (1539-1821)*. 8 vols. Santiago de Chile: Impreso en casa del autor, 1908-1912.
- Millares Carlo, Agustín. "La bibliografía y las bibliografías". *Cuadernos Americanos*, XIV, LXXIX, no. 1 (1955): 176-194.
- Millares Carlo, Agustín. *Prólogos a la Bibliotheca Mexicana*. Federico Gómez de Orozco (nota preliminar), Agustín Millares Carlo (versión española anotada, estudio biográfico y bibliografía del autor). México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Millares Carlo, Agustín. *Cuatro estudios biobibliográficos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Osorio Romero, Ignacio. *Historia de las bibliotecas novohispanas*. México: Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Bibliotecas, 1986.
- Rivas Mata, Emma y Edgar Omar Gutiérrez López. *Libros y exilio. Epistolario de José Fernando Ramírez y otros correspondientes, 1838-1870*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010.
- Rivas Mata, Emma, Edgar Omar Gutiérrez López y Rodrigo Martínez Baracs. "La comunicación epistolar en el quehacer bibliográfico mexicano del siglo XIX". *Historia de la bibliografía mexicana: la construcción de la cultura escrita y la identidad nacional (siglos XVI-XXI)*. Laurette Godinas y Pablo Mora, coords. México, 2025, 163-195.
- Rivas Mata, Emma. *Bibliografías novohispanas o historia de varones eruditos*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.
- Rivas Mata, Emma. "Libros y tratos en la república literaria hispano americana". *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, 81 (2012): 51-66.

- Ruiz Castañeda, María del Carmen. "El Instituto Bibliográfico Mexicano, antecedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. En su 30° aniversario". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Biblioteca Nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, II (2) (1997): 129-143.
- Vázquez Mantecón, Carmen, Alfonso Flamenco Ramírez y Carlos Herrero Bervera. "Las bibliografías". *Las bibliotecas mexicanas en el siglo XIX*. México: Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Bibliotecas: 85-88, 1987.

